

á la autoridad competente á los que de cualquier modo la persiguen, para que pueda precaverse contra sus tramas, y para que pueda aplicar los remedios oportunos, á fin de volver al rebaño de Jesucristo aquellas almas que desgraciadamente se han descarrado de él. Bien sabemos que todo el poder del infierno no prevalecerá contra la Iglesia; pero sabemos tambien que todos los que por la infinita misericordia de Dios somos sus hijos, estamos por nuestra parte obligados á sostenerla, y defenderla, y que no somos dignos de participar de su comunión si no cumplimos con este deber sagrado. »

---

## PROPAGACION

### DE LIBROS IRRELIGIOSOS.

---

Quando á mediados del siglo pasado una secta impía y sediciosa, hija del protestantismo, se atrevió á sacar todas las consecuencias del principio de la soberanía del hombre, propalado con ardor por los reformadores del siglo diez y seis: cuando esta secta, tímida hasta entonces y contenida por el temor de las leyes, se hizo osada por la impunidad, y sintiéndose fuerte por la debilidad de los gobiernos, no temió ya conspirar abiertamente y anunciar sin rebozo proyectos, que á nada menos se dirigian que á la destruccion de toda autoridad; cuando una razon insolente se permitió examinar á su antojo, discutir y negar todos los dogmas, todos los deberes y los derechos todos; los hombres sensatos, testigos así de la audacia de los novadores, como de la culpable tolerancia de los depositarios del poder, previeron y vaticinaron las desgracias que debian derramarse sobre las sociedades. Comprendieron desde luego que la inundacion de libros corruptores que infestaban todas las condiciones desde las gradas del trono hasta la choza

mas humilde, y á la que no se oponian sino diques impotentes, acabaria por destruirlo todo, instituciones, leyes, costumbres; que la razon erigida soberana del hombre, sus pasiones violentas, y sus bajas inclinaciones acudirian al llamamiento de la filosofía; que el pueblo, enseñado á aborrecer el yugo de las leyes, intentaria romperlo; y despues de haber admirado tantos planes y teorías de regeneracion política y religiosa querria realizarlos; en fin, que á una generacion *pensadora* que proclamaba aquellos principios, seguiria otra generacion *ejecutora* que sacaria sus consecuencias; y de este modo las *luces* que los filósofos habian traído al mundo alumbrarian las ruinas de la sociedad.

« ¡Cómo! exclamaban los obispos de Francia en la » *Memoria* presentada al rey en 6 de mayo de 1790, » por no contener los progresos del entendimiento humano, será preciso permitirle que lo destruya todo! » ¡Con qué nó podrá ser el hombre libre sino cuando » nada haya sagrado para él! Esa desenfrenada libertad » de dar á luz los delirios de una imaginacion extraviada, » lejos de ser necesaria al desarrollo del espíritu humano, no puede hacer mas que retardarle en su marcha, por los extravíos en que le precipita, por las necias ilusiones con que le embriaga, y las turbulencias que introduce en los Estados. Esta fatal libertad es la que ha introducido en los Insulares nuestros vecinos esa multitud confusa de sectas, de opiniones y de partidos; ese espíritu de rebelion y de independencia que tantas veces ha conmovido y ensangrentado el trono; y esta misma produciria entre nosotros efectos acaso mas funestos; pues en la misma actividad de la nacion y pueblo hallaria medios para suscitar las mas extraordinarias revoluciones, y precipitarlo en todos los horrores de la anarquía. »

Las reclamaciones del Clero no fueron atendidas. « Los ministros, ó indiferentes, ó seducidos, dice un historiador, cegaban al Monarca sobre sus verdaderos intereses; tachaban los temores del Clero de interés ó de terrores pusilánimes, y dejaban minar tranquilamente el Altar y el Trono. » Pero el suceso no tardó en justificar sus predicciones. Veinte años no se habian pa-

sado aun de sus reclamaciones enérgicas cuando el trono antiguo de sus Reyes que unos ministros débiles, por no decir mas, no habian sabido defender, se hundió en el abismo que la impiedad estaba abriendo hacia medio siglo. Federico II de Prusia habia dicho que, si él quisiese castigar algun dia una provincia, la enviaria por Gobernadores filósofos; y los filósofos hicieron un ensayo en Francia capaz de espantar é instruir para siempre á las naciones y á los Reyes. La Religión y el Sólío parecieron por un momento refugiarse al cielo; y sobre un cadáso teñido con la sangre de Sacerdotes y de Reyes, la Filosofía proclamó *el Reino de la Razon*.

En vano ella, avergonzada de sus propios excesos, desaprueba hoy dia tantas extravagancias y atentados sin ejemplo en los anales del mundo. Para absolverla de aquellos crímenes y desgracias, seria necesario olvidar que la revolucion francesa habia tenido un carácter particular, que fué obra á un tiempo de una razon delirante y de todas las pasiones desenfrenadas; y que los prócsules sanguinarios y sus satélites que recorrían las provincias, no eran mas que los agentes del cuerpo legislativo, cuyos decretos ejecutaban. Esto es tan cierto, que cuando los hombres que sirvieron de instrumentos para tantos crímenes pretenden hoy justificarse, no hacen mas que repetirnos, que ellos no hacían mas que ejecutar las leyes. Pero bien; ¿qué genio era el que dictaba á todas aquellas ásambleas de espantosa memoria, tantas leyes que cubrieron de ruinas é inundaron de sangre á la Francia? ¿Qué libros los que de continuo se citaban en la tribuna, cuáles los principios que se invocaban? Léanse las deliberaciones de las ásambleas revolucionarias, examínense los motivos de sus decretos: todos se hicieron en nombre de la Filosofía, y se justifican con las máximas proclamadas en los libros impíos: no hay uno solo que no sea ó consecuencia de un principio, ó el cumplimiento de un deseo de los sofistas del siglo diez y ocho. Las leyes de la revolucion redactadas por los discípulos, y marcadas con el sello de la filosofía, son todas obra suya; y á ella pertenece el horror que inspirarán eternamente los crímenes cometidos á la sombra de aquella legislacion bárbara y atea.

Bonaparte conoció tan bien que la revolucion no era otra cosa que la impiedad, que creyó debia primero encadenar á esta antes de enseñorearse de aquella. Mandó á la filosofía respetase los altares que acababa de restaurar, y el Tronó que habia formado con las ruinas de la república y la monarquía. La filosofía tembló y enmudeció delante de él. Aquel hombre penetraba bien el carácter de una secta esencialmente enemiga de toda autoridad; y solía decir «que no se sentia con fuerzas suficientes para gobernar un púeblo que leyese á Voltaire» y á Rousseau.» ¿Se cree que la autoridad de los Reyes resistirá á una prueba á que el déspota no habria querido someter la suya? En fin, si la impiedad continúa en sembrar la sedicion y la anarquía en el corazon de las generaciones que se van criando, cuando tales semillas lleguen á dar su fruto, ¿tendrán los Reyes un brazo de hierro como Bonaparte para sujetar á los pueblos rebeldes; podrá cada uno atrincherar como él su trono, que sitiaria la revolucion, con un millon y doscientas mil bayonetas?

La impiedad, haciéndose altiva y amenazadora á medida que los Gobiernos se manifiestan débiles, se autoriza con su condescendencia, y en ella cree leer permitido el derecho de trastornar todas las verdades que son á un tiempo el fundamento de los Estados y de la Religión. Todos los escritos sediciosos é impíos de los sofistas del último siglo, reproducidos en todos tamaños y acomodados á todas las fortunas, se ven hoy mas extendidos que en la época misma en que estalló la revolucion. Las obras mas obscenas y sacrílegas, el ateísmo mismo profesado abiertamente en una multitud de escritos que asombra, parece se ha hecho una de las opiniones que puede libremente publicarse. ¿En dónde estamos? ¿Á dónde nos conduce una osadía semejante, alentada con tan deplorable tolerancia? ¿Esplíquenos qué razones tan poderosas hay para creer que las mismas causas no producirán los mismos efectos? ¿De buena fe podemos esperar que las monarquías que hemos visto caer, volver á erigirse y restaurarse por dos veces en el corto espacio de diez años, puedan resistir mucho tiempo contra los principios destructores que hace treinta años dieron

en tierra con un trono y unas instituciones de catorce siglos?

En fin, si la autoridad nada ha hecho para prevenir los desastres que no pueden menos de acarrear esta inundacion de obras impías que destruyeron por primera vez la monarquía francesa, no será ciertamente por falta de habérselo advertido. No se han olvidado aun las enérgicas reclamaciones de un prelado, cuya pérdida reciente llora la Iglesia, y cuya alma fatigada de sesenta años de combates contra la impiedad, recobraba todo su vigor cuantas veces se trataba de defender la causa de la Religión. Las Pastorales del Obispo de Troyes contra los malos libros, se conservarán siempre como modelos de celo y de elocuencia. ¡Quiera Dios no sobrevivan á la monarquía como un monumento que justifique al Episcopado para con la posteridad, al paso que acuse ante la misma á las autoridades civiles culpables ó poco preventivas!...

Para convencer á todos del fundamento verdadero de tales temores, vamos á poner algunos datos al alcance general de toda clase de lectores por medio de cálculos que cualesquiera podrá verificar, con solo tomarse la molestia de hojear los archivos de la imprenta. Presentaremos en una serie sucesiva de estados las numerosas reimpressiones hechas desde el año de 1817 hasta el de 1825 de las producciones mas revolucionarias é irreligiosas de la impiedad moderna. El lector podrá seguir así paso á paso los progresos de un contagio<sup>1</sup> que el Obispo de Hermópolis<sup>2</sup> consideraba hace cinco años como *incurable*, y que desde entonces no ha dejado de extender sus estragos, y bien pronto tal vez habrá devorado toda la sociedad. Nos ha parecido conveniente acompañar á estos estados algunas observaciones indispensables para aquella parte del público que ha tenido la fortuna de no leer y de ignorar por consiguiente el

<sup>1</sup> Puede verse en el t. 1 de la *Biblioteca*, p. 118, esto mismo en un cálculo aun mayor; pero adviértase que allí se habla de toda la Francia, y aquí de las impresiones solo de París.

<sup>2</sup> Hemos omitido de propósito el largo testimonio del obispo de Hermópolis, porque habla particularmente con la Francia, lo que hemos practicado con algunas otras expresiones del discurso.

contenido de estos libros impíos; y á fin de que no se nos tache de exageración, pondremos á los lectores (*á quienes les sea permitido*) en estado de juzgar por sí mismos de tales obras, mediante las citas que haremos de ellas.

*Ediciones de Voltaire y de Rousseau publicadas en París desde el mes de febrero de 1817 inclusive hasta el 31 de diciembre de 1824.*

	FECHAS de la segunda y última entrega.	Núm. de ejemplares de la edición.	Núm. de volúmenes de cada ejemplar.	TOTAL de volúmenes de la edición.
VOLTAIRE.	1º Oct. 1818	3,000	26 vol. en 8º	78,000
	17 Ab. 1820	2,000	44 vol. en 12º	88,000
	9 Nov. 1822	3,000	56 vol. en 12º	168,000
	14 Nov. 1818	2,000	41 vol. en 8º	82,000
	No concluida	2,500	70 vol. en 8º	175,000
	30 Oct. 1822	3,000	60 vol. en 18º	180,000
	14 Feb. 1823	1,500	66 vol. en 8º	99,000
	30 Dic. 1820	5,000	15 vol. en 12º	75,000
	No concluida	3,000	67 vol. en 12º	201,000
	12 Oct. 1824	3,000	65 vol. en 8º	195,000
	No concluida	2,600	70 vol. en 8º	182,000
	Idem.	1,000	75 vol. en 8º	75,000
	Total . . .	31,600		1,598,000
	J.-J. ROUSSEAU.	2 Dic. 1817	1,500	8 vol. en 8º
22 Jun. 1818		1,500	18 vol. en 8º	27,000
19 Jun. 1819		3,000	20 vol. en 18º	60,000
11 Ag. 1820		2,000	22 vol. en 12º	44,000
9 Sept.		1,000	22 vol. en 8º	22,000
22 Ma. 1823		1,500	20 vol. en 8º	30,000
12 Dic. 1821		3,000	12 vol. en 12º	36,000
4 Mar. 1824		2,000	25 vol. en 18º	50,000
21 Nov.		3,000	21 vol. en 18º	63,000
No concluida		1,500	21 vol. en 8º	31,500
7 Dic. 1824		2,000	22 vol. en 8º	44,000
No concluida		1,500	24 vol. en 12º	36,000
Idem.	1,000	25 vol. en 8º	25,000	
Total . . .	24,500		480,500	

*Obras de Voltaire.* Luis XVI, preso en el Temple, en el sitio mismo que habia sido como la cuna de la filosofía del siglo XVIII, mirando un dia los retratos de Voltaire

y de Rousseau, dijo : *Estos dos hombres han perdido la Francia* : verdad demasíadamente luminosa para que puedan oscurecerla los escritores de un partido que tiene en el día sus razones para negarla. Sola la rectitud natural bastará en todos tiempos para responder á sus sofismas, que así en el mundo moral como en el físico, no hay efectos sin causa : que la ruina de los imperios jamás ha sido un evento casual ; y que solas las doctrinas son las que, agitando el espíritu de los pueblos, trastornan y conmueven las sociedades, así como los vientos sublevando las olas alteran los mares. Cuantos han reflexionado atentamente el ascendiente increíble que Voltaire y Rousseau ejercieron sobre su siglo, echarán de ver en los escritos de estos dos filósofos la primera causa de ese movimiento general, que arrastrando á los pueblos al abismo de la impiedad, debía precipitarlos inmediatamente en el de las revoluciones.

« Voltaire, decían sus discípulos en el año de 1790, » *no ha visto todo cuanto hizo, pero él ha hecho todo cuanto vemos.* El primer autor de esta grande revolucion que » asombra á la Europa, y esparce la inquietud y el sobresalto en las Cortes, es sin contradicción Voltaire. » Él es el primero que hizo caer la barrera mas formidable del despotismo ; es decir, el poder religioso y sacerdotal. *Si no hubiese quebrado el yugo de los sacerdotes, jamás se hubiera roto el de los tiranos* (es decir, los reyes). Ambos se entrelazaban tan íntimamente, que » sacudido el primero, el segundo debía serlo inmediatamente. *El pensamiento de los sabios es el que prepara las revoluciones; el brazo del pueblo el que las realiza.* » (*Mercurio de Francia* de 7 de agosto de 1790.)

Voltaire, decía también Gossin en un informe dado á la asamblea constituyente el 30 de mayo de 1791 en nombre de la comisión de constitución : « Voltaire ha » *hollado al fanatismo denunciando los errores hasta su tiempo idolatrados de nuestras instituciones antiguas,* » y rasgado el velo que cubría todas las tiranías. Él es » quien dijo antes que la constitución francesa : *Quien sirve bien á su país, no necesita de abuelos.* Los pueblos » del monte Jura le habían visto conmover el árbol antiguo que vosotros habeis desarraigado. El ultraje he-

» cho á este grande hombre se hizo á la nación ; ella lo » reparara ; y los franceses ya libres decretarán al *libertador del pensamiento* el honor que ha recibido de ellos » uno de los fundadores de su libertad..... » Y á virtud de aquel informe, la asamblea, considerando los títulos de María Arouet (Voltaire) á la gratitud de la nación, decretó la traslación solemne de sus cenizas al templo destinado para depositar los restos de los grandes hombres.

Durante la dominación de Bonaparte no se hizo una sola edición de Voltaire ; y el público iba olvidando las obras voluminosas del patriarca de la filosofía, confundidas en el polvo de las Bibliotecas, igualmente que su tumba oculta en las bóvedas del Panteon entre los sepulcros de tantos otros hombres célebres. Voltaire ya no era de moda, y de día en día se disminuía el culto de aquel ídolo del siglo diez y ocho : tan cierto es que un gobierno vigoroso arrastra tras sí la opinión pública. En 1814 solo existían trescientos ejemplares de las obras de Voltaire de la edición de Kehl, que fueron vendiéndose con pérdida por los libreros, como obras de surtido de un despacho difícil.

El genio pues de Voltaire estuvo durante quince años encorvado como el de la revolución, bajo la espada de Bonaparte. Despues se les ha visto á uno y á otro volverse á levantar ; y si el poder no ha llegado á comprender los intereses del orden social, la revolución ha entendido perfectamente los suyos ; y las culpables esperanzas que funda sobre la propagación de los libros filosóficos deben bastar para abrir los ojos acerca de los peligros que nos amenazan. En los últimos diez años se han multiplicado mas las obras irreligiosas que en todo el último siglo. En 1814 no había mas que cuatro ediciones completas de Voltaire ; desde 1817 á 1824 se han hecho doce, y se están publicando en este momento catorce ó quince : tal es la proporción con que la impunidad aumenta la audacia de la revolución de un año á otro.

¿ Se preguntará acaso dónde ó cómo se han despachado en un espacio tan breve de tiempo tantas ediciones, que presentan un número tan prodigioso de volúmenes impíos ? Para responder á esta pregunta sería necesario desde luego saber por cuanto figura Voltaire en

el *budget* anual de ese gobierno oculto que exige contribuciones, recluta soldados, que se fortifica en las sombras, y que espera el día en que, saliendo de debajo de la tierra, no tendrá mas que soplar para derribar un trono que se deja minar por sus cimientos.

Nada además se ha omitido de parte de los editores; y mediante los maravillosos progresos de la industria en este siglo, no puede menos de admirarse el arte con que se han calculado las numerosas reimpresiones de *Voltaire* con proporcion á la diversidad de gustos y facultades. Se han hecho ediciones de lujo y ediciones de economía; y así las hay de todos tamaños y precios; en grande, en pequeño, en mediano carácter; para *las grandes clases*, para *las medianas*, para *el pueblo*, y hasta para *las aldeas y cabañas*.

No podemos dejar de recordar aquí que el coronel Touquet publicaba la edicion *para el pueblo* cada domingo en desprecio del día del Señor; así como despues, suprimiendo en la letra del Evangelio todas las obras milagrosas de Jesucristo y cuanto le acreditaba Dios, refiriendo su muerte y callando su resurreccion, ha hecho de este libro divino el uso mas escandaloso, haciendo parecer á Jesucristo simplemente como un filósofo, predicando máximas morales, cual pudiera un Confucio ó un Platon. ¿Cuántos otros hechos pudiéramos citar?

Pero no debemos omitir una observacion que patentiza el espíritu de perversidad con que se han hecho todas esas nuevas ediciones de *Voltaire*, y es que en ellas se contienen muchas piezas desechadas en las antiguas ediciones, y entre otras versos tan groseramente obscenos, que los editores de Kehl creyeron podrian repugnar á los lectores aun despues de haber leído la *Pucelle* y el falso *Testamento de Meslier*, en el que este cura, inventado por la imaginacion de *Voltaire*, pide perdon en la hora de la muerte á sus parroquianos de haberlos engañado toda la vida, declarándoles y procurando probar que la Religion que les habia predicado era una *impostura, fanatismo y supersticion*.

Aun se ha hecho mas: como *Voltaire* escribió tanto que no todos pueden proporcionarse todas sus obras, por mas que se procure reducir el tamaño ó disminuir

el precio de ellas; se ha cuidado entresacar de su coleccion cuanto ha parecido mas á propósito para el mismo fin que se proponian. Así es que se ha dado al público separadamente: 1º *La Filosofía de Voltaire*, coleccion de las obras mas impías de este escritor, que *se ha traducido en español* y esparcido en un gran número de ejemplares por los revolucionarios de España, que sabian cuán poderosamente puede contribuir la *Filosofía de Voltaire* para trastornar un trono. 2º *Los Diálogos y conversaciones filosóficas*; produccion la mas horrenda acaso de todas cuantas salieron de su pluma. El antiguo y Nuevo Testamento, Jesucristo, Papas, Clero, los Sacramentos, los Misterios, de todo se habla allí, y todo se huella y vilipendia; sacando por último está impía conclusion, que, aunque con horror, copiamos á la letra: « Que la Religion cristiana sobrepuja en demencia á todas las fábulas del Paganismo; y es necesario destruirla como se extirpó la Astrología judiciaria, la magia, la vara divinadora, etc.: que la historia de la Iglesia no es mas que una serie no interrumpida de discordias é imposturas, vejaciones, dolos, rapiñas y asesinatos: que el abuso está en la sustancia misma; siendo por lo tanto indispensable arrancar de raíz un árbol que en todos tiempos ha dado frutos ponzoñosos..... »

*Obras de Rousseau*. Doce ediciones de *todas las obras de Rousseau*, siete separadas del *Emilio*, dos de ellas en español, una edicion particular de la *Profesion de fe del vicario Saboyardo*, y diez ediciones del *Contrato social*, dos de ellas en *lenguá castellana* y al uso de los Españoles, prueban que la revolucion no reputa menos idóneo para sus fines á Rousseau que á *Voltaire*.

Con efecto, Rousseau es acaso de todos los filósofos del último siglo el que ha dado el golpe mas mortal á la monarquía, persuadiendo al pueblo que la naturaleza ha colocado en él la soberanía, y á pesar de eso en todas partes se hallaba oprimido por el despotismo; que siendo como es el mas fuerte, no necesitaba sino querer para recobrar su independencia; que todo le era lícito para reconquistar este bien, el primero de todos; y que no hay ley que no deba ceder á la voluntad general, siendo

el pueblo la única autoridad que no necesita de razón para sancionar sus actos.

El principio revolucionario de que *la insurrección es el mas sagrado de los deberes*, no es mas que una traducción enérgica y lacónica de este período del *Contrato social* (lib. 1, cap. 1): « El hombre nace libre, y por » donde quiera se mira entre cadenas. Interin un pueblo, » que se ve precisado á obedecer, obedece, obra bien; » pero si sacude en el momento que puede el yugo, obra » mejor. »

La abolición de la Nobleza, la proscripción de los Nobles y la violación de sus propiedades, habían sido preparadas por el Discurso acerca de *la desigualdad de las condiciones*: en fin, no hay una sola palabra en la Declaración de los *Derechos del hombre*, que no se encuentre en los escritos del ciudadano de Ginebra.

Rousseau había dicho en el *Contrato social* (lib. 4, cap. 8): « que se deben tolerar todas las religiones que » toleran á las otras; pero que el que osa decir: *fuera de » la Iglesia no hay salvación*, debe ser expulso del Estado. » Y consiguiente á este principio, la revolución que toleró y aun profesó sucesivamente todos los errores, incluso el Ateísmo, dió contra la Religión única verdadera edictos de proscripción y de muerte dignos de los Nerones y Dioclecianos.

No parece pues sino que la revolución toda entera con sus actos destructores y sus leyes sanguinarias salió de la pluma de Rousseau, y podría hacerse un comentario tan extenso como curioso á las obras de este filósofo con los discursos de los legisladores de 1789, de los constitucionales de 1791, los republicanos del 92, y los niveladores del 93. Mallet-Dupan refiere en su *Mercurio británico* encontró á Marat el 1789 en un paseo público explicando el *Contrato social* á una muchedumbre revolucionaria que le rodeaba. Con este motivo no podemos menos de hacer aquí una triste reflexión. En nuestros días la Religión, que es la única que explica á los hombres la obligación de obedecer, haciendo venir de Dios el derecho de mandar, es como si no fuera para muchos políticos, y aun para muchos maestros; al mismo tiempo que las ideas de anarquía y de independencia

parecen nacer y desarrollarse en la primera edad de la vida, como frutos naturales de una impiedad precoz. Se oye á jóvenes de quince y diez y seis años hablar de los derechos y de los deberes con una petulancia y descoco que asombra; decidir en tono de oráculo, que el hombre ha nacido libre y no está obligado á someterse á instituciones que le oprimen sino en tanto que no tiene fuerza para romperlas; y aun aplicar domésticamente de tiempo en tiempo estos principios, como si se ensayaran á la revolución que se creen llamados á obrar un día en la sociedad. ¿Quién no temblará de lo por venir pensando en los efectos que debe producir en una juventud dispuesta de este modo, la metafísica sediciosa y la elocuencia insinuante de Rousseau?

No sé qué especie de ceguera inexplicable es la que se observa en los hombres de hoy día. Que los ministros de Luis XV y de Luis XVI no viesen en Voltaire sino el escritor mas agudo é ingenioso de su siglo, que entretenía á una nación frívola sin peligro: en Rousseau un filósofo cuyos planes imaginarios no se realizarían mas que la república de Platon, se concibe: la burla y el sarcasmo no parecia que podían trastornar el trono de Carlo Magno, de san Fernando, y de san Luis; y se podía creer que unas naciones católicas no abandonarían por el *Contrato social* una institución que protegían las memorias heroicas de catorce siglos. Pero despues que la revolución ha probado que una nación á quien se le permite reír y burlarse de todo, acaba por destruirlo todo; que hay en el pueblo una lógica terrible, y su brazo no se detiene sino cuando ha realizado todas las consecuencias de los principios que han extraviado su razón; ¿qué excusa puede justificar á los que permiten que las generaciones nacientes se emponzoñen en los mismos manantiales donde sus padres bebieron la muerte?

*Obras sueltas de Voltaire y Rousseau publicadas en Paris desde el mes de febrero de 1817 hasta 31 de diciembre de 1824.*

Número de ejemplares.

35,500

Número de volúmenes.

81,000